

Manuel Castells



# El espacio y los movimientos sociales en **red**

De forma inesperada han surgido potentes movimientos sociales en todos los confines del planeta, manifestándose –aunque con distinta intensidad– en miles de ciudades, en un centenar de países. Son movimientos sociales en red que combinan en su práctica la ocupación del ciberespacio y la ocupación del espacio público urbano. ¿Cuáles son los principales rasgos? ¿Existe un patrón común? ¿Cómo son las interacciones de los procesos espaciales introducidas por los nuevos movimientos sociales en red?



## Los movimientos sociales de la sociedad red

A lo largo de la historia los movimientos sociales han sido y continúan siendo agentes del cambio social. Esto ocurre también en el espacio urbano, pues a través de su acción se innovan formas espaciales y usos de la ciudad en contradicción con la reproducción de la estructura urbana heredada de la dominación institucional (Castells, 1986). En la última década se han ido configurando nuevas expresiones de movimientos sociales característicos de nuestro tipo de sociedad, la sociedad red. Son movimientos sociales en red que combinan en su práctica la ocupación del ciberespacio y la ocupación del espacio público urbano. Así, de forma inesperada han surgido potentes movimientos sociales en todos los confines del planeta, manifestándose –aunque con distinta intensidad– en miles de ciudades en un centenar de países.

Con base en la observación que realicé sobre algunos de estos movimientos en diversas latitudes, de manera directa o por mediación de colaboradores, creo haber detectado un perfil específico que se repite en casi todas las situaciones (Castells, 2012).

### ● El patrón común de los movimientos sociales en red

Todos los movimientos han surgido como resultado de un sentimiento a la vez colectivo e individual de indignación por la injusticia y los abusos cotidianos de quienes detentan el poder político, económico y mediático. Claro que siempre hay individuos que toman la iniciativa de la protesta, pero no surgen de las organizaciones tradicionales, como sindicatos, partidos y movimientos cívicos, aunque algunos de los más activos miembros del movimiento se hayan formado en ellas.





Los movimientos siempre adoptan la forma de red; de red en Internet y en las plataformas móviles de comunicación. Pero también de redes sociales preexistentes, de redes locales, de redes de afinidad. Son movimientos estructurados de forma flexible y cambiante en redes multimodales; suelen nacer en Internet, pero de inmediato tratan de hacerse visibles en el espacio urbano. Son locales, porque se manifiestan en espacios específicos, pero también son globales pues se conectan mediante Internet a los otros movimientos en el mundo. No es Internet quien los crea, tal discusión no tiene sentido. Las causas de los movimientos están en la opresión y la explotación que sufren la mayoría de los ciudadanos del mundo. Pero sin la red estos movimientos, en su forma actual, no existirían. Y es en Internet donde continúan existiendo cuando la represión los obliga a replegarse en un espacio social protegido. Sin embargo, se convierten en movimiento con capacidad de impacto sobre la sociedad por medio de la ocupación del espacio público urbano, ya sea mediante acampadas en plazas o en manifestaciones callejeras. Son movimientos virales que se originan a partir de la difusión rapidísima de un mensaje, frecuentemente una imagen, que impacta a las mentes y desencadena la indignación por la violencia del orden establecido (Nahon y Hemsley, 2012). Las imágenes de abuso y violencia suscitan la indignación que desencadena el movimiento, mientras que las imágenes de otros movimientos similares en otras ciudades y países alimentan la esperanza de que otro mundo es posible, y de que sus integrantes no están solos en su lucha.

La transición de la indignación a la esperanza se realiza mediante la deliberación en un espacio público autónomo, un espacio híbrido de Internet y espacio urbano, y se organiza mediante asambleas abiertas y comisiones delegadas, apoyadas en debates, intercambios de información e ideas.

Los movimientos suelen carecer de líderes formales, aunque no es así en todos los casos (por ejemplo, en Chile). El funcionamiento en red permite la coordinación horizontal de las acciones del movimiento mediante procesos interactivos, haciendo innecesarios en términos operativos los liderazgos formales y la organización vertical. Esto es así porque al surgir los movimientos de una crítica radical a la representación

delegada, hay una desconfianza profunda entre los participantes del movimiento hacia cualquier forma de liderazgo continuo. Hay una conciencia arraigada de que la práctica del movimiento debe prefigurar las futuras formas de democracia por las que se lucha. Aunque frecuentemente se ha criticado la falta de operatividad de los movimientos por su carácter espontaneísta, en realidad la ausencia de líderes identificables los ha protegido de la represión más directa porque es imposible descabezar un movimiento sin cabeza y cuyas redes se reconfiguran según la evolución del movimiento y las reacciones de las burocracias a las que se enfrenta. De hecho, incluso en aquellos casos en donde surgen líderes semiespontáneamente, éstos se someten regularmente al control y debate del movimiento en asambleas y comités, puesto que de no hacerlo perderían su capacidad de influencia sobre un movimiento que se asume como sujeto colectivo: la red es el sujeto. De ahí que los movimientos pasen por momentos distintos en cuanto a su intensidad; cuando desocupan el espacio urbano o pierden presencia en las instituciones siguen existiendo en Internet, hasta que, en torno a una nueva reacción emocional en la sociedad, se manifiestan de nuevo en el espacio físico. Son, en suma, movimientos rizomáticos cuya fuerza reside precisamente en su ambigüedad organizativa y en su enraizamiento en emociones individuales y colectivas.

### El impacto de los movimientos sociales sobre la sociedad

Los efectos de los movimientos sociales en red sobre la sociedad y las instituciones son muy diversos. En algunos casos han destruido regímenes políticos. Es lo que sucedió en varios países árabes, aunque la nueva institucionalidad sea inestable, como en Egipto; o el proceso haya degenerado en atroz guerra civil azuzada por la geopolítica, como en Siria. En muchos otros casos obtuvieron importantes victorias reivindicativas, como en las políticas de vivienda en Israel y España, las políticas de transporte y servicios urbanos en Brasil, la suspensión de la destrucción del espacio público en Turquía, o el cambio de política educativa obtenido en Chile cuando la presidenta Bachelet incluyó en su programa las demandas del movimiento. Pero su im-

pacto más importante se ha producido en las mentes de los ciudadanos que, en la mayoría de los países, han apoyado las críticas hechas por el movimiento incluso aunque rechacen las confrontaciones que derivan en situaciones de violencia. Y es en ese sentido que son movimientos sociales; es decir, movimientos que buscan el cambio de los valores de la sociedad más que el poder en las instituciones políticas. No obstante, son también movimientos de transformación política en el sentido de que el objetivo común a todos ellos es reinventar las formas de representación y gestión política, tras constatar la corrupción y manipulación características de la mayoría de la clase política en todos los países. Así, el movimiento #Yosoy132 de México se constituyó en conciencia crítica de la manipulación electoral del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y fue recibido con simpatía por muchos sectores de la ciudadanía mexicana. Son semillas sembradas hacia un posible cambio político que requiere ser precedido por un cambio cultural.

Esa “revolución cultural” que está en el horizonte de los movimientos sociales en red se materializa en nuevas formas de articulación del espacio público, del espacio de los flujos y del espacio de los lugares.

### La dimensión espacial de los movimientos sociales en red

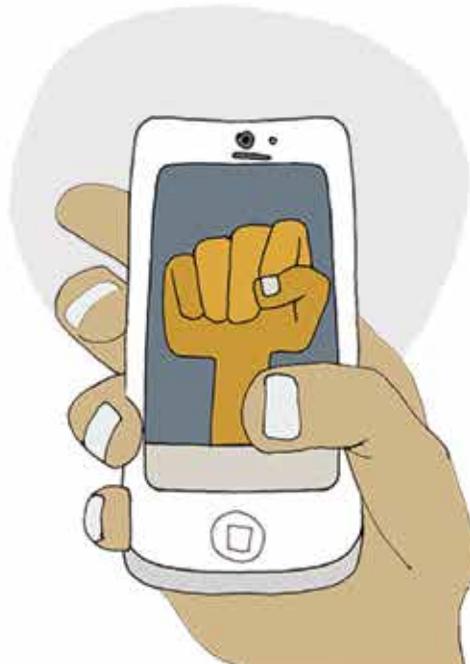
El tiempo y el espacio son las dimensiones fundamentales de las prácticas y la organización social de los humanos. En consecuencia, los movimientos sociales

en red se originan en buena medida a partir de configuraciones espaciales y contradicciones urbanas; en su desarrollo influyen en la transformación de los procesos urbanos y las formas espaciales.

Recordemos que en Europa y Estados Unidos estos movimientos se originaron como protesta a la crisis financiera y a la gestión de ésta por las elites políticas. Y la crisis financiera fue desencadenada por la burbuja inmobiliaria resultante de un crecimiento urbano especulativo, el cual alimentó a su vez la especulación financiera mediante el uso de hipotecas de alto riesgo como garantía colateral para los préstamos de las instituciones financieras (Caraca, Cardoso y Castells, 2012). Las protestas contra los desahucios resultantes del impago de hipotecas abusivas han sido uno de los principales frentes de lucha del movimiento social en España, con victorias reivindicativas importantes y un masivo apoyo social en su crítica al sistema financiero e inmobiliario. Asimismo, la mayor movilización de la historia de Israel se produjo contra las políticas de vivienda dominadas por la especulación.

En otros contextos, como los de Brasil y Turquía, los movimientos fueron explícitamente movimientos sociales urbanos, basados en reivindicaciones tales como transporte libre, mejora de los servicios urbanos, protección del espacio público urbano, y conservación ecológica en las ciudades y en el país.

En términos de las formas de acción y de movilización, la ocupación del espacio público urbano mediante acampadas de larga duración en plazas centrales, la toma de edificios simbólicos y repetidas manifesta-





ciones callejeras, ha constituido la principal forma de confrontación para reclamar la atención de las autoridades a las demandas y propuestas de los ciudadanos. Tales prácticas espaciales tienen un sentido profundo y se sitúan en la línea de la tradición histórica revolucionaria del espacio de las barricadas.

Las barricadas, fenómeno recurrente en el siglo XIX, pero también del Mayo del 68 en París, nunca sirvieron para la defensa de los manifestantes. En realidad, atrajeron el ataque violento de las fuerzas represivas, tal y como sucedió en 2013 y 2014 en Kiev. Pero tienen un extraordinario valor emocional para el movimiento porque definen una comunidad de práctica. Dentro del recinto de las barricadas se vive la solidaridad, el compañerismo y la afirmación de un proyecto democrático. En cierto modo se construye un espacio autónomo del movimiento, porque los ciudadanos se unen a la movilización sin necesidad de programa u organización, simplemente con su presencia en ese espacio alternativo. Eso fueron el movimiento Occupy en Estados Unidos y las acampadas en España.

La ocupación del espacio urbano está cargada de simbolismo. No se ocupa cualquier espacio, sino las plazas que constituyen el corazón de la ciudad: la Plaza Tahrir en El Cairo, la Puerta del Sol en Madrid, Liberty Park a la sombra de Wall Street, la Plaza Taksim en Estambul. Y las manifestaciones y ocupaciones de edificios se dirigen al Parlamento, al Ayuntamiento, a las sedes del gobierno, a los cuarteles de la policía. Los ciudadanos reclaman su espacio, el espacio de la ciudad ahora ocupado por los aparatos de poder sin que haya un control democrático de los usos de la ciudad.

Por eso la fuerza del movimiento consiste en mostrar al país y al mundo de quién es ese espacio de vida. El derecho a la ciudad se convierte en afirmación de la dignidad mancillada. Más aún, los espacios así conquistados reciben nuevos nombres solidarios de otros espacios liberados: Plaza Catalunya de Barcelona se rebautiza como Tahrir y Liberty Park, mientras que Liberty Park se convierte en Puerta del Sol. Así se opera la conexión local/global en el imaginario colectivo de espacios liberados. La afirmación del espacio público se presenta como una nueva forma de convivencia en donde no hay aislamiento, se supera el miedo mediante la solidaridad y el peligro de violencia viene de las

instituciones, no de los cohabitantes. Se revelan entonces las raíces de la dominación, al tiempo que se verifica la posibilidad de convivencia comunitaria.

### ● Implicaciones de las prácticas espaciales de los movimientos sociales en red para la teoría del espacio en la sociedad red

En 1996, en el marco de mi análisis de la transformación estructural de la sociedad en la era de la información, propuse una teoría de formas espaciales que se basa en la distinción entre el espacio de los lugares, dominante a lo largo de la historia, y el espacio de los flujos, predominante en las condiciones tecnológicas y organizativas de la era de la información. Para ello partí de una teoría del espacio como práctica social fundada en una lectura de Leibniz para quien: “El espacio es algo puramente relativo, como el tiempo. El espacio está en el orden de las coexistencias mientras que el tiempo está en el orden de las sucesiones. El espacio denota, en términos de posibilidad, un orden de las cosas que existen al mismo tiempo, en la medida en que existen juntas, y es indiferente a las formas particulares de existencia [de las cosas]; cuando vemos estas cosas juntas percibimos el orden de las cosas entre ellas” (Leibniz, 1715). Partiendo de esta perspectiva teórica defino el espacio, desde el punto de vista de la teoría social y por tanto como práctica social, de la siguiente forma: “el espacio es el soporte material de las prácticas sociales que comparten un mismo tiempo”, lo cual, hasta el desarrollo del telégrafo, implicaba contigüidad física. Así, el espacio como forma social, es decir, el espacio de prácticas simultáneas, era sinónimo del espacio de los lugares definido por la contigüidad. Pero con la aceleración del cambio en las tecnologías de comunicación, surgió una nueva forma de espacio en donde la simultaneidad no depende de la contigüidad sino de la conectividad inducida por los flujos de comunicación. Tal es la distinción conceptual entre el espacio de los flujos y el espacio de los lugares, si bien en la práctica social se articulan frecuentemente sin por ello perder su especificidad.

En la formulación original de mi teoría propuse que, predominantemente, el espacio de los lugares era el de la experiencia humana, mientras que el espacio

de los flujos era el del poder social. Avancé la hipótesis según la cual la separación entre las dos formas de espacio era un mecanismo esencial en la dominación del poder sobre la experiencia humana. Esta idea surgió de la observación de la primera fase del despliegue de la infraestructura tecnológica informacional; en ella la revolución de las telecomunicaciones se difundió rápidamente en el mundo corporativo, financiero y militar, mientras que las redes ciudadanas de Internet estaban limitadas a comunidades virtuales contraculturales. Naturalmente, esta situación ha cambiado radicalmente en un mundo en el que a fines de 2013 se contaba con 2 500 millones de usuarios de Internet y casi 7 000 millones de abonados a teléfonos celulares. De hecho, tras la publicación de mi libro percibí que los dos espacios se articulaban contradictoriamente,

de modo que había contrapoder y sociabilidad autónoma en el espacio de los flujos, mientras que el poder también encontraba nuevas formas de articulación en el espacio de los lugares.<sup>1</sup> La observación posterior me llevó al convencimiento de que es precisamente la capacidad de conectar en la práctica el espacio de los flujos y el espacio de los lugares lo que constituye un elemento esencial tanto del poder como del contrapoder en nuestras sociedades (Castells, 2009).

Esto es exactamente lo que hacen los actuales movimientos sociales en red. A través de esa práctica reconstruyen el espacio público en todas sus manifestaciones:

<sup>1</sup> Tal fue mi rectificación teórica, que publiqué en *Urban Geography* bajo el título de “Grassrooting the space of flows” tres años después de la publicación original de mi teoría (Castells, 1999).





el espacio de los flujos en Internet, el espacio de los lugares en la ciudad y el espacio de las instituciones. De la articulación de esos tres espacios surge la nueva esfera pública en nuestra sociedad, que es a la vez global (en el espacio de la comunicación), local (en el espacio urbano) y nacional (en el espacio institucional). Y es que el espacio público no es otra cosa que el espacio del público, y la práctica pública es multimodal e interactiva.

Por ello los procesos de dominación, tanto corporativa como política, intentan la privatización y apropiación del espacio público en sus tres dimensiones: control corporativo de Internet, control burocrático de las instituciones, y control especulativo y represivo del espacio urbano. Por su parte, el proyecto de los movimientos sociales de reclamar la esfera pública para los ciudadanos requiere la construcción de un nuevo tipo de espacio: el de la autonomía. Esta autonomía sólo puede construirse en el espacio libre de las redes de Internet, pero al mismo tiempo sólo puede transformar la sociedad en su conjunto mediante el desafío al orden institucional a partir de la ocupación del espacio urbano por parte de los ciudadanos. La autonomía desde las redes de Internet sin desafío visible equivale a un repliegue en relación con la sociedad. El desafío en la ocupación del espacio sin una base permanente de autonomía en las redes de Internet difícilmente puede asegurar la continuidad del desafío a la dominación, dada la vulnerabilidad de esa ocupación a la represión. La forma espacial que practican los movimientos sociales en red es lo que denomino el *espacio de autonomía*. En éste convergen el espacio de los flujos, el espacio

de los lugares y los mapas mentales que surgen desde el movimiento para la reconstrucción de las instituciones al servicio de las personas.

**Manuel Castells** es catedrático emérito de Planificación Urbana y Regional de la Universidad de California-Berkeley, director del Internet Interdisciplinary Institute de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC), en Barcelona, y catedrático de la Escuela Annenberg de Comunicación, de la Universidad de California Meridional en Los Ángeles. Es miembro correspondiente de la Academia Mexicana de Ciencias.

castells@usc.edu

### Bibliografía

- Caraca, J., G. Cardoso y M. Castells (eds.) (2012), *Después de la crisis*, Madrid, Alianza Editorial.
- Castells, M. (1986), *La ciudad y las masas: sociología de los movimientos sociales urbanos*, Madrid, Alianza Editorial.
- Castells, M. (1999a), "El espacio de los flujos", *La sociedad en red*, México, Editorial Siglo XXI.
- Castells, M. (1999b), "Grassrooting the space of flows", *Urban Geography*, 20:294-302.
- Castells, M. (2012a), *Comunicación y poder*, Madrid, Editorial Siglo XXI.
- Castells, M. (2012b), *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era Internet*, Madrid, Alianza Editorial.
- Leibniz (1715-16) "Correspondence with Clark", citado en Parkinson, G.H.R. (ed.) (1973), *Leibniz. Philosophical Writings*, London, J. M. Dent and Sons, 211-212.
- Nahon, K. y J. Hemsley (2013), *Going Viral*, Cambridge, Polity Press.



**COMUNICACIONES LIBRES**